

Mayra Montero

DEL ROJO DE SU SOMBRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Mayra Montero

DEL ROJO DE SU SOMBRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Del rojo de su sombra

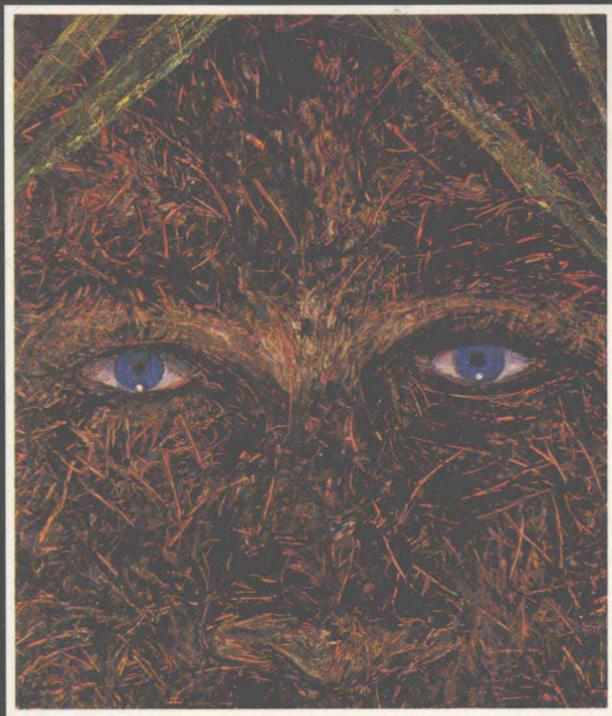


Ilustración de la cubierta: *You Have to Dream in Blue* (1986) de Arnaldo Roche, óleo sobre lienzo, 2,13×1,52 m, colección John Belk, foto de John Betancourt, cortesía Galería Botello, San Juan de Puerto Rico. © Arnaldo Roche, 1992.

Mientras en las playas de una isla caribeña los turistas toman lánguidamente el sol, **hechos ignorados, ocultos**, ocurren más allá de la línea de hoteles, en un lugar que nuestra imaginación «civilizada» ni sueña con alcanzar. Cada año miles de haitianos cruzan la frontera para trabajar en la República Dominicana. Llevan consigo sus **creencias religiosas** y sus **cultos** y, en su **alucinante peregrinaje**, se producen los encuentros entre las distintas cofradías, que pueden ser cordiales o muy sangrientos, según el humor impredecible de los dioses. Esta celebración, llena de **misteriosos rituales**, es el exótico escenario en el que se enardecen, se enfrentan y se desgarran estas **historias de un amor extremo**, que no conoce otro límite que el de la muerte. Y, entre todas, la más apasionada, la más feroz también, es la que une y separa a la vez a **dueña Zulé**, mujer excepcional dotada de **poderes extraordinarios**, y al **infame Similá**, hombre sanguinario y temido por todos.

ISBN-84-7223-641-2



9 788472 236417

DEL ROJO DE SU SOMBRA



colección andanzas

Libros de Mayra Montero
en Tusquets Editores

ANDANZAS
Tú, la oscuridad
Como un mensajero tuyo

LA SONRISA VERTICAL
La última noche que pasé contigo

MAYRA MONTERO
DEL ROJO DE SU SOMBRA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre 1992
2.ª edición: noviembre 1998

© Mayra Montero, 1992

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
ISBN: 84-7223-641-2
Depósito legal: B. 44.321-1998
Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona
Impreso sobre papel Offset-F. Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa
Impresión: A & M Gràfic, S.L.
Impreso en España

Indice

Nota de la autora	9
Del rojo de su sombra	15
Glosario	179

Cada año, en la isla de La Española, decenas de miles de haitianos cruzan la frontera desde Haití para emplearse como picadores de caña en la República Dominicana. Estos haitianos o «congos», como les llaman al otro lado de la frontera, arrastran consigo a sus mujeres e hijos, y a todos, sin excepción, les espera una vida de privaciones y miserias sin cuento, en condiciones de trabajo calçadas de los más crueles regímenes esclavistas.

En estas circunstancias, que se prolongan casi siempre hasta el final de sus días, no les queda más remedio que aferrarse a sus creencias religiosas, a las imágenes de los dioses, también llamados «misterios» o «loases», que traen consigo desde Haití. Es entonces cuando se agrupan en Societés o sociedades, y poco a poco van organizando el llamado Gagá: un culto, una fiesta, una cofradía hermética y laboriosa que muy pocos logran penetrar. Un sacerdote vuduista de alto prestigio se constituye en «dueño» del Gagá y director espiritual de ese rebaño en que destacan sus «mayores», que son los varones de más jerarquía, y las «reinas», que son las mujeres de más agallas. Su fiesta mayor, en la Semana Santa, se centra en un alucinante recorrido o peregrinaje por los campos que rodean el ingenio azucarero. Este recorrido, lleno de escenas rituales, se prolonga por tres días, hasta el Domingo de Resurrección. A veces el Gagá se aleja, recorre gran parte del país y es frecuente que por el camino se cruce con

otro Gagá. El encuentro puede ser de lo más cordial, o por el contrario puede ser muy cruento, dependiendo del humor impredecible de los «dioses».

Esta novela narra los hechos verídicos ocurridos hace pocos años en algún punto de La Romana. Es la historia de amor, de odio y de muerte entre un «houngán» o sacerdote del vudú, y una «mambo» o sacerdotisa muy conocida y respetada en la región. Los nombres y algunos lugares han sido alterados en beneficio de los informantes. Detrás de un caso que la policía dominicana cerró como un simple «crimen pasional», palpita el hechizo de una guerra que aún no termina de pelearse.

Para José Francisco Alegría y Soraya Aracena,
que me guiaron hasta Similá

Y para mi inolvidable June C. Rosenberg,
que escogió vivir en el Gagá y por el Gagá

*Papa Lokó ou sé van,
pousé-n alé
nou sé papiyon
na poté nouvel bay agoué...*

(Papá Lokó, tú eres el viento,
sóplanos, nosotros somos
mariposas, así llevaremos
la noticia a los otros...)

Vieja canción de esclavos haitianos

Es como si el sol se hubiera partido en mitad del campo: unos cascarones de luz van desperdigándose por el mundo y la cachaza ardiente se derrama en paz sobre el batey. Nunca en Jueves Santo los abrazó un fuego tan puro. Nunca. Ni siquiera el Año de las Muertes, cuando las mangostas rabiosas trepaban a las cunas de los recién nacidos y no hubo hechizo ni resguardo que pudiera espantarlas.

La dueña Zulé ha mirado largamente al sol, buscando con los ojos fijos la causa temporal de aquella furia. Enseguida se le ha acercado Jérémie Candé, su guardaespaldas más dilecto, y se ha acuclillado a su lado, tratando de mirar en el mismo rumbo en que ella mira.

—Hace caliente —dice Zulé.

Los perros y los niños han escapado a tiempo para buscar algún escondedero donde no los atormente la canícula. Pero los hombres del Gagá, los que ya ostentan la dignidad intocada de mayor, se han quedado fuera desafiando el fogaje, atándose a los cuerpos sudorosos las ristras perfumadas de pañuelos, grandes pañuelos de colores, todos los que se puedan, mientras que las mujeres, las que son reinas por derecho, terminan de guarnecer las moñas de sus coronas y se abanicen en silencio. Todo está a punto y concertado. Cuando más tarde amaine la calura, la dueña acudirá con sus más íntimos a liberar los seres que habitan en la Palma, a prodigarles su ali-

mento, a prender delante de ellos la chispa anunciadora que arrastrarán secretamente hasta el batey. Celebrarán bueno esta noche y partirán mañana sin haber dormido, y ya en el aire flota el aroma de las viandas que ofrecerán a los que se prometan, a los que canten alto, y a todo aquel que pase por un trance demasiado fiero.

—Te quemarás los ojos —le dice Jérémie, que no soporta verla mirando de esa forma el cielo pétreo, el aire obnubilado por la luz.

Ella no tiembla para preguntar lo que debe:

—¿Se ha sabido algo de Similá Bolosse?

Jérémie Candé es su servidor más antiguo, su adepto más remoto. Aún es muy joven, casi tan joven como ella, pero la ha seguido desde los tiempos de su coronación con una sumisión de amarre santo.

—Se sabe que lo volvió a jurar —responde él—. Juró que te mataría y ayer lo estaban bañando en sangre ajena.

Zulé cierra los párpados y le parece ver el rostro del infame. ¿Cuántos cabritos, se pregunta, cuántas guineas del monte habrán tenido que degollar para sumergir el cuerpo inmenso del bokor en la marea de sangre? Similá sabe muy bien que sólo así su juramento se hará carne y prenda; que únicamente de esa forma se librá de recurrir a la emboscada. Porque él quiere matarla cara a cara; él quiere hundirla, con sus propias manos, en las bajuras revoltosas de ese río que llaman el Brujuelas.

—Que jure todo lo que quiera —dice ella—. Vamos a ver quién puede más.

De los alrededores del batey comienzan a surgir unos sonidos dulces y apagados. Seguramente son las reinas, probando el eco de sus caracolas. Zulé las oye sonreída y luego echa hacia atrás su negra cabeza escaldada.

—Hace caliente —repite—. Ve y diles a los hombres que prueben los bambúes.

Nadie en el batey puede entender por qué la dueña